

España e Iberoamérica, he ahí dos realidades tangibles que se despliegan en el ámbito de la Historia a lo largo del tiempo, que tienen un espacio perfectamente delimitado en los mapas geográficos, que nos identifican a nosotros mismos, en medio del conjunto de países y bloques regionales, poblados por hombres de contexturas espirituales diferentes.

Ambas realidades, España e Iberoamérica—por el surco que han trazado en el pasado y por el puesto que están llamadas a desempeñar en el futuro—, han sido sometidas a un implacable análisis crítico desde los más diversos puntos de vista. No creo que exista—fuera de nuestras fronteras—un caso semejante de una cirugía tan persistente y despiadada sobre las entrañas del cuerpo nacional realizada por sus propios hijos. Recordemos, por su palpitante actualidad, la interpretación del *Ser y existir de los españoles*, elaborada por Américo Castro, y la respuesta clarificadora del *Enigma histórico de España*, fruto de las investigaciones del profesor Sánchez Albornoz. Si quisiéramos adentrarnos en los estudios actuales del tema y remontarnos cronológicamente hacia arriba, la fronda se haría cada vez más espesa hasta llegar al punto de inflexión de la generación del 98. No es éste, sin embargo, mi propósito ni la finalidad de esta conferencia, aun cuando el estudio de esta cuestión es, por otra parte, apasionante.

A su vez y paralelamente, Iberoamérica o, mejor dicho, los hispanohablantes del otro lado del mar, desde los albores de su independencia, se han cuestionado las características fundamentales de sus países, han escudriñado las perspectivas de su quehacer colectivo y hasta han puesto en tela de juicio la existencia de la comunidad cultural que les vertebraba. La teoría de interpretaciones arranca de las ideas expuestas por los próceres de la Independencia, engarza con la onda del pensamiento positivista francés, que anega América entera y continúa—después de reflejar un rosario de doctrinas extranjeras—hasta el momento presente, en que, con rigor y sobre todo con pasión, los hispanos tratan de descubrir dentro de ellos mismos y en el seno de

sus propias circunstancias históricas, geográficas, sociológicas y culturales, la clave de su existencia. El llamado «boom literario» de la actual novelística hispanoamericana—formado por nombres conocidos: Cortázar, Vargas Llosa, Borges, García Márquez, etc.—tiene una de sus raíces en esa preocupación, y de ella deriva en buena parte su originalidad y su valor universal.

Al margen de interpretaciones teóricas, el hecho objetivo es que en el año 1492 se producen dos acontecimientos decisivos para España: la conquista del reino musulmán de Granada y el descubrimiento del Nuevo Continente por las carabelas de la reina Isabel de Castilla, dirigidas por el genial navegante Cristóbal Colón. La empresa española en América no se acomete en un momento cualquiera de su historia; se inicia cuando cuaja nuestra unidad peninsular, cuando se vertebra la nacionalidad, cuando, adelantándose a otros países, nuestra nación forja el primer Estado moderno en Europa. El Nuevo Continente deja de ser el escenario de mudas cordilleras inaccesibles y vírgenes selvas y praderas, de correrías de tribus salvajes, también asiento de importantes culturas autóctonas—la azteca, la maya o la inca—, pero encerradas en sí mismas, y se incorpora, de la mano de España, a la corriente universal y al mundo cristiano de Occidente.

El Continente antes desconocido, quiérase o no, guste o no guste, se transforma en Hispanoamérica, y España, país geográficamente europeo, adquiere una irrenunciable dimensión americana. No es ocioso, pues, preocuparnos de estas dos realidades o de estos aspectos complementarios de un mismo conjunto, a quince años sólo de distancia de cumplirse el medio milenio del año del descubrimiento.

Uno de los rasgos diferenciales de la empresa española en relación con la de otros países es, sin duda, la entrega sin reservas de la metrópoli. Todo lo bueno y lo malo que había aquí en los siglos xvi, xvii, xviii y parte del xix lo llevamos íntegro a América. La colonización española es la única que transmite su manera de ser, su modo de vivir, de pensar y de sentir; la arquitectura, la religión, los municipios, la legislación, las costumbres populares y, por supuesto, la lengua. Recíprocamente recibimos, junto a nuevos e insospechados aportes, transformado y enriquecido, cuanto entregamos. Por ello todo español es, por supuesto, eso, español, pero además lleva encima un plus con una recarga de historia de humanidad, de razas y de horizontes que se sintetizan en el nombre de América.

A la inversa, ningún americano, sea negro, indio, mestizo, blanco, criollo, mulato o zambo, estará completo jamás si no siente dentro de sí y vive la sangre espiritual y humana que fue transfundida por

España a sus antepasados. No hay español pleno sin el complemento de América, y no hay americano integral sin la aportación de España. Esto es su destino, afirma el cubano Gastón Baquero; éste es el destino común de nuestros pueblos, señalamos nosotros.

El marqués de Lozoya subraya la variación fundamental que produce en nuestro país el encuentro con América. «España—afirma—es "provincia", culturalmente hablando, en la mayor parte de su historia. Pero a partir de su encuentro con América se convierte en "capital" del inmenso mundo hispánico.» La colonización romana y la colonización hispana son los más generosos intentos de unificar un mundo en un alto nivel cultural. Roma en España, en Siria, en Inglaterra, en Germania, quiere hacer otras Romas, como España en México, en Perú, desea fundar otras Españas. La muestra tangible está en esos momentos sorprendentes en el mundo romano y en el mundo hispánico. Las ruinas de Balbeek, las arenas de Nimes, el acueducto de Segovia. Y en América, las catedrales de México, de Puebla, de Cuzco, la iglesia de la Compañía en Quito, el acueducto de Otumba, las murallas de Cartagena de Indias o los fuertes de San Juan de Puerto Rico.

Así se desarrolló, firme y profunda, por encima de los obstáculos espaciales—llega hasta las remotas islas Filipinas— y de las variaciones políticas, un área cultural perfectamente diferenciada en el mundo, de filiación hispánica. El nexo de unión en los tiempos del Imperio fue la Corona. Pero rota la vinculación política, el sustrato fundamental, por ser de índole cultural, permaneció incólume.

Un escritor venezolano—no sospechoso de hispanofilia—, Carlos Rangel, en un libro recientemente difundido y polémico, reconoce esta verdad sin ambages. «Los diez mil kilómetros que separan el norte de México del sur de Chile y Argentina son una distancia geográfica, pero no espiritual. Argentina, Bolivia, Colombia, Cuba, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela suman una sola cultura, la cultura hispanoamericana. Porque la América española, a pesar de su inmensidad geográfica y su aparente heterogeneidad, es un conjunto identificable, con suficientes rasgos comunes como para que sea útil generalizar sobre él, una subdivisión clara y distinta del mundo en que vivimos. Esa diferenciación de la América española procede evidentemente del sello que le dieron sus conquistadores, colonizadores y evangelizadores. Se trata de uno de los prodigios más asombrosos de la Historia—afirma el venezolano—, pero está a la vista, resulta irrefutable.»

Y concluye: «Española, pues, y no latina es la América a cuyos sueños y realidades pertenezco.»

Nos encontramos aquí con el problema importante de la denominación de este conjunto. Latinoamérica, Iberoamérica, Hispanoamérica, América española, Indoamérica. La cuestión es sólo aparentemente superficial, pues, mediante el escamoteo del título, determinados países europeos han pretendido ocultar el auténtico contenido de estos pueblos. El título de «América española» —entendemos— es insuficiente, pues supone la exclusión del aporte de la lengua portuguesa y el entronque lusitano, elemento de primer orden por su valor cualitativo y su potencial material y espiritual. El término Hispanoamérica es correcto, ya que engloba bajo el clásico concepto de Camões «Hispania», a los dos países colonizadores, Portugal y España, y a los territorios ligados a ellos. Sin duda, el título más propio es el de «Iberoamérica». Por una parte está despojado de cualquier connotación valorativa, y por otra, ciñe de modo preciso la idea del bloque comunitario de países extendido a las dos orillas del Atlántico: la Península Ibérica en Europa y la América no anglosajona en el nuevo continente.

El término «Latinoamérica» no resiste un análisis serio, y su adopción se debe, como antes indiqué, a una decisión de naturaleza política adoptada en propio beneficio para desfigurar la naturaleza de aquellos países. Puede apuntarse un solo punto a su favor, y es la difusión que ha llegado a alcanzar; pero la repetición constante del error no lo transforma en verdadero. El que en la mitad de la superficie de una isla antillana, en Haití concretamente, se hable el idioma francés no puede alterar el carácter ibero del conjunto. Siempre las reglas vieron excepciones, y no fueron precisamente las excepciones las que caracterizaron a la norma general; además, su pasado español no es en absoluto renegado, sino todo lo contrario. Las recientes independencias de pequeños países caribeños de habla inglesa, que entre todos no llegan a dos millones de población total, son asimismo excepciones que además, a su vez, contradicen el término latino.

Las lenguas derivadas del latín se llaman inequívocamente lenguas románicas o romances. De modo que el término «Latinoamérica» sólo podría tener una justificación real en la medida en que se refiriese únicamente al aporte cultural de la comunidad de los pueblos latinos.

Existen en el continente americano dos unidades perfectamente diferenciadas: la anglosajona, al Norte, y la iberoamericana, al Sur. Unida la primera y, por tanto, con protagonismo de potencia mundial; dividida la segunda, busca encontrar la solución a sus problemas pre-

cisamente por el camino de la integración. Sin la existencia operativa de España no es concebible esta realidad supranacional, bautizada a veces con nombres caprichosos. «Algo tendrá el agua cuando la bendicen, algo tendrá Hispanoamérica cuando la reniegan —escribe Salvador de Madariaga—, pero comencemos por afirmar que o no hay unidad hispanoamericana, y si la hay radica en lo hispano. Esta afirmación es una perogrullada. Entre los indios hay tantas diferencias, o más, como las hay entre los pueblos europeos, y no solamente en cuanto al idioma, tradiciones, costumbres, folklore, sino incluso en el tipo físico. Con los negros pasa algo parecido. Si de Argentina a México y de Chile a Guatemala existe esta unidad, es hispánica. Si no se admite lo hispánico no hay unidad.»

La unidad política del mundo hispánico mantenida durante tres siglos, en lo que se ha denominado Pax Hispánica, saltó hecha pedazos como consecuencia de las guerras independentistas. Quizá con venga detenerse en el carácter de las mismas, pues su sentido ha sido con frecuencia distorsionado. No fueron guerras entre los pueblos americanos sojuzgados contra los españoles dominadores. La realidad fue más profunda y compleja. Los territorios americanos estaban vinculados a la Corona de España en régimen similar a los reinos peninsulares; por ejemplo, los de Aragón, Cataluña, Castilla y Navarra... Formaban una auténtica comunidad. En el seno de esta comunidad ya madura, al producirse una coyuntura especial, surgió una contienda entre hermanos. En ella, españoles o americanos tomaron partido por uno u otro bando. Contienda civil fue por el factor inicial desencadenante; es decir, la invasión de la Península Ibérica por Napoleón, con el consiguiente vacío de poder en ambos lados del mar, producido al ser expulsado el monarca español. El historiador chileno Eyzaguirre ha dejado constancia de que, «estallada la lucha, mientras los sublevados chilenos exaltaban en discursos y escritos a los héroes araucanos, los verdaderos descendientes de éstos, que habitaban al sur de Bio Bio, se mantuvieron adictos al rey y apoyaron con firmeza a las montoneras realistas.» «En Chile —afirma— la independencia fue una guerra civil entre miembros de la familia española, y sería ridículo presentarla como una pugna entre conquistadores y conquistados.» En Venezuela, los famosos jinetes llaneros, lo más auténticamente popular, se alistaron con la bandera de España bajo el caudillaje de Boves.

La mayor parte de los ejércitos realistas la integraron soldados o voluntarios nacidos en América. Las cifras son elocuentes y no mienten. En el año 1820 la totalidad del ejército español en campaña a lo

largo del continente la componían ochenta y siete mil hombres; pues bien, de ellos sólo un tercio eran españoles, y en la batalla decisiva de Ayacucho, de los nueve mil soldados realistas, no más de quinientos fueron españoles, oriundos de la metrópoli. No es de extrañar en tales circunstancias el hecho, inconcebible en otras latitudes coloniales, de que el general Sucre, el día antes de la batalla de Ayacucho, accediera a la petición de sus oficiales para que un grupo cruzase las líneas enemigas y pudieran entrevistarse con sus parientes y amigos. Unos y otros se abrazaron —cuentan los testigos presenciales—, renovaron los lazos familiares y de amistad y al fin se despidieron dispuestos a pelear al día siguiente. Unos y otros, españoles y americanos, blancos y negros, indios y criollos, sabían que formaban parte de una misma comunidad y fuera cual fuera el bélico desenlace estaban marcados por un similar destino.

Las guerras de la independencia son un episodio importante, pues abren la etapa de las soberanías nacionales, pero al fin son un episodio más en el camino de los pueblos hispanos en busca de su destino futuro. El Rey de España, Don Juan Carlos I, ante la tumba de Bolívar en Caracas, ha definido con claridad los términos de la cuestión. «Tanto los conquistadores de América como los libertadores —afirmaba— son nuestros y vuestros; unos y otros nos pertenecen a todos porque tienen sus nombres insertos en una historia que también es de todos y de la que no cabe borrar ningún capítulo.»

Los próceres de la independencia tuvieron conciencia de ello y trazaron planes de unión para los pueblos independizados. Pensaban con razón que sólo unidos serían capaces de ocupar el puesto que les corresponde en el mundo y de estar en condiciones de contrapesar el creciente poderío anglosajón. La realidad fue distinta. Bolívar, aterrado por la ola de revueltas y anarquía que abrió la independencia, preconizó la jefatura personal vitalicia y, en su última etapa, trató desesperadamente de salvar la autoridad del caos general, vigorizando los elementos aglutinantes de la raza, contra algunos de los cuales en su época más joven se había manifestado —el sentimiento religioso de las masas, los valores hispánicos de la vida, la jerarquía del mando—, asignándoles un destacado papel en la vida pública. San Martín, por su parte, en el Río de la Plata buscó decididamente la solución monárquica. Al sistema monárquico le ligaba, no tanto su afición dinástica, cuanto la necesidad de consolidar el precio unitario para el futuro.

Si triunfaron en el campo de batalla, los libertadores fracasaron en el empeño político. El panorama no pudo ser más desolador. Frag-

mentación en numerosas naciones, vueltas de espaldas entre sí, cuando no enzarzadas en sangrientas contiendas territoriales; importación de formas liberales de gobierno, inadecuadas al medio; oscilaciones pendulares entre períodos de tiranía y de caos; sometimiento económico a los intereses de las potencias extranjeras, que atizaron la división y la anarquía en los restos del naufragado armazón hispánico. Tales fueron, con las naturales excepciones, las características de la etapa posindependentista, cuyas consecuencias pesan todavía negativamente en el destino de nuestros pueblos.

En términos análogos se desenvolvió la andadura española. No es menester recordar, pues en el ánimo de todos está la triste situación en que se sumió nuestro país después de la invasión napoleónica, en contraste con el período reformista, progresivo y esperanzador de la España borbónica del siglo XVIII. España se entregó a la contemplación y al ahondamiento de sus desgracias. Por su parte, la América hispana pareció olvidarse y aun renegar de su stirpe. Un pavoroso vacío de distancia e incomunicación se abrió en la segunda década del siglo pasado entre España y América, entre las dos partes de un mismo cuerpo, cuyos elementos constitutivos, sin embargo, subterráneamente continuaban, por su propia naturaleza, vivos e inalterables.

Sólo algunas aisladas personalidades en la literatura o en la política rompieron en la pasada centuria el desierto de hostilidad y lejanía que nos separaba. Tuvieron que producirse los acontecimientos dramáticos de 1898, con la pérdida de Cuba y Filipinas, para que se sacudiera por vez primera la conciencia de los países hispánicos en un movimiento instintivo de solidaridad hacia España. Un investigador norteamericano, Donald Fogelquist, ha escrito: «Uno de los factores que contribuyó al renacer del sentimiento filial hacia España y a despertar en los hispanoamericanos la conciencia de su deuda cultural con ella fue la crisis que produjo la guerra del 98. Esa crisis hizo también que los españoles se arrepintieran del descuido en sus relaciones con sus descendientes americanos y que buscaran una reconciliación con ellos. En la hora de su tragedia sintieron el consuelo de no estar solos, de poder contar con la simpatía de los hispanoamericanos y de saberse apoyados por éstos espontánea y generosamente, sin residuos de mala voluntad por la discordia pasada.» La común amenaza de los Estados Unidos conmovió las íntimas fibras dormidas. Mi bisabuela, la Reina María Cristina, madre de Alfonso XIII, regente a la sazón de los destinos de España, sintió en aquel momento amargo—ella misma lo testimonió—el consuelo de sentirse asistida y comprendida por los países de habla española.

El resurgimiento literario español producido a consecuencia de la guerra del 98 tuvo su correlativo en el movimiento Modernista, primera aportación de las letras americanas a la literatura universal. Varios escritores, por ambas partes, pusieron manos a la obra de enlazar la rota cadena. Recordemos al universal Andrés Bello en los inicios o al uruguayo Rodó; el propio Rubén Darío viaja a España en 1899 atraído por los ecos de la catástrofe colonial. Menéndez Pelayo, por su parte, concibe precursoramente una literatura que ya es patrimonio común de quienes hablan y escriben el castellano sin distinción de orígenes. Unamuno —uno de los españoles que con mayor profundidad ha comprendido América— mantuvo correspondencia con centenares de escritores americanos. Tocando ya nuestros días, Ramiro de Maeztu —por citar sólo las cumbres— elaboró un proyecto acabado de quehacer futuro: la Hispanidad.

No debe olvidarse, entre los esfuerzos realizados contra corriente, la fundación, en el Madrid de la Restauración, de la Unión Iberoamericana, que editó una revista con su mismo nombre y organizó en 1892 la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Más propicio al ambiente, con el telón de fondo de la reacción del 98, el Gobierno español por Real Decreto convocó en 1900 un Congreso Iberoamericano, con repercusión en América y asistencia de importantes delegaciones. Bajo el reinado de Alfonso XIII las exposiciones iberoamericanas de Barcelona y Sevilla fueron acontecimientos nacionales y marcaron un jalón importante en el estrechamiento de las relaciones. Poco a poco las barreras de la incomprensión y de la lejania iban cediendo por el peso natural de los vínculos compartidos que maduraban, en lugar de agostarse, con el paso del tiempo.

Mención especial por su alto nivel intelectual merece la revista especializada *Tierra Firme*, publicada en los años 30 de la segunda república española. Huella indeleble dejaron también en América viajeros ilustres, como el doctor Marañón, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset y tantos otros invitados por la Asociación Cultural de la colonia española de Buenos Aires.

Casi al mismo tiempo que las iniciativas de las personalidades ilustres brotó en la entraña del país un movimiento migratorio que iba a dirigirse a América, sin otra ayuda que su propio esfuerzo personal. Un sinnúmero de emigrantes, desde fines del siglo pasado hasta la contienda española de 1936, salieron sin cesar de los puertos cantábricos a ultramar, empujados por la pobreza de su terruño natal y el espíritu de aventura. En América viven hoy, según las estadísticas del último congreso de emigración, dos millones cien mil españoles.

Han supuesto una inyección de energías y de trabajo en la formación de las jóvenes naciones americanas. Poseen además un patrimonio de hazañas, en gran parte desconocidas, desde la creación de un amplio complejo industrial en el norte de México por la voluntad indomable de un español, Pablo Díez, hasta la puesta en explotación de inmensas regiones inexploradas de la Patagonia, gracias a la obra del asturiano Menéndez.

Otra corriente, más reciente en el tiempo, dolorosa consecuencia de nuestra guerra civil, fue la emigración republicana española. Si la emigración tradicional dio un impulso de carácter material y económico, el exilio supuso una proyección cultural de nivel difícilmente superable, sobre todo en algunos países como México. Lo más granado de la Institución Libre de Enseñanza, profesionales y profesores prestigiosos, dieron a América una faz española olvidada por el paso del tiempo, la del magisterio intelectual. Su labor se está registrando ahora en una obra dirigida por el profesor Abellán, cuyos dos primeros volúmenes acaban de salir de las prensas.

Un aporte constante desde los mismos días de la independencia es la ida de sacerdotes y religiosos españoles dedicados al cultivo de la fe cristiana en aquellos países. Sus desvelos no se han limitado al aspecto religioso y han cubierto necesidades importantes en el campo educacional. Nueve mil sacerdotes y trece mil religiosas españoles evangelizan hoy extensos sectores urbanos y difíciles zonas rurales de América.

A pesar de estas realidades, que sin duda son puntos de luz en medio de un panorama de oscuridad, no ha existido hasta las últimas décadas una conciencia clara de actuación conjunta ni se ha formulado una política coherente de acción entre España e Iberoamérica. El actual Presidente de Colombia, señor López Michelsen, ha podido hablar con justicia de los «ciento cincuenta años perdidos». Ante los Reyes de España, hace unos meses, declaró: «hemos perdido siglo y medio buscando la unidad dispersa, pero en los últimos veinticinco años hemos recuperado gran parte del camino». ¿A qué se refiere el ilustre estadista e intelectual colombiano cuando alude a la variación ocurrida últimamente en el signo de nuestras relaciones? Por una parte, a los esfuerzos de integración promovidos por los sectores responsables de los países iberoamericanos. Por otra, a la política iberoamericana del régimen español de la posguerra. Al cabo de siglo y medio hemos descubierto el punto de partida de donde no debimos salir, atraídos por los cantos de sirena.

Existe hoy al otro lado del mar un movimiento creciente de integración en las naciones de habla española y portuguesa. La creación de organismos como la ALALC, destinada a la creación de un amplio mercado regional; el Acuerdo de Cartagena para potenciar el desarrollo de los países andinos; la Organización de la Cuenca del Río de la Plata; la Organización de Estados Centroamericanos, son prueba de ello. La labor es ardua y en ocasiones se atraviesan obstáculos que parecen retrasar e impedir el proceso. El balance final con sus aciertos y fracasos es, sin embargo, positivo. No existe duda, tomando el pulso de América, acerca de la futura existencia de una comunidad iberoamericana. El interrogante se plantea acerca de cuál será el cauce que adoptará y, sobre todo, acerca de la participación de España en esa comunidad en la que debe participar por derecho propio.

A fuer de sincero he de declarar que la incógnita no nos la van a despejar allí, sino que corresponde a los españoles la entera responsabilidad de decidir si vamos a actuar como parte fundamental del actual proceso iberoamericano. Si no caminamos al ritmo necesario, otros países con inferiores o nulos títulos ocuparán nuestro lugar. Lo están haciendo. Ello exige el replanteamiento de nuestra acción en Iberoamérica adecuándola a las circunstancias presentes.

El hablar de un replanteamiento de la acción española presupone que ya existe una política nacional en este sentido, lo cual es importante. Efectivamente, después de concluir nuestra contienda civil, el Estado español—después de los ciento cincuenta años perdidos de que habla el Presidente colombiano—por vez primera tomó la iniciativa. La muestra más palpable y la herramienta de su designio es el Instituto de Cultura Hispánica, creado en 1945 como organismo autónomo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Con amplitud de miras ha pretendido servir no sólo al estrechamiento de las relaciones entre España y América, sino que ha abierto nuevos caminos en las líneas de integración iberoamericana. El estudio sobre la «unión iberoamericana de pagos», elaborado en Madrid el año 1950, es precedente de los posteriores trabajos llevados a cabo por los organismos internacionales especializados e incluso de normas económicas de gobierno, vigentes en varios países.

En el intercambio de personas el influjo ha sido notable. El Instituto ha promovido la venida de veintisiete mil estudiantes iberoamericanos para estudiar en los centros españoles. Asimismo ha otorgado cuatro mil becas a jóvenes graduados. Cuando se fundó el Instituto, la corriente de estudiantes iba dirigida en su totalidad a París y, más tarde, a los Estados Unidos. Estos estudiantes y becarios son un capi-

tal humano invertido en las áreas de mayor necesidad para el desarrollo. Pero quizá lo más importante, con serlo mucho, no sea su personal adiestramiento ni su actual labor profesional. En España, a través de sus compañeros, aprendieron a amar y a comprender a América y descubrieron gentes, rasgos y problemas de países vecinos que les eran desconocidos. Lo que decía el conde de Keyserling, de que para conocerse a uno mismo lo mejor es dar la vuelta al mundo, podría aplicarse al enunciado del cometido aglutinador del Instituto. Generaciones de jóvenes americanos en los últimos treinta años superaron la estrecha vía de los particularismos nacionales y encontraron la realidad más amplia de Iberoamérica. Ellos en buena medida, a través de los puestos claves que ocupan, son los protagonistas del cambio actual.

Yo vine por primera vez a España a los dieciocho años de edad y recuerdo que un mexicano me dijo entonces que para conocer a España había que conocer América antes. Tenía razón. Me atrevería a decir ahora que para conocer América hay que conocer a España.

La relación de actividades del Instituto sería larga de enumerar. Baste señalar que el Organismo está vivo y que conecta con los resortes claves de América. En el último trienio ha realizado un esfuerzo importante de adaptación de sus estructuras, de sus servicios y programas, a pesar de los escasos medios económicos con lo que siempre ha contado desde su fundación, a diferencia de lo que acontece en otros países con instituciones similares, que nos aventajan en sus presupuestos hasta en un 2.000 por 100, o sea veinte veces más.

Las naciones americanas tienen planteadas ante sí el triple reto de encontrar soluciones válidas a sus estrangulamientos sociales, económicos y políticos. No pueden extrañar sus convulsiones ni la prisa por encontrar soluciones adecuadas. «Somos —dice un diplomático peruano, Manuel Seoane Corrales— la región de las paradojas, países ricos con población pobre. Nuestros capitalistas no tienen capitales porque los suyos, a escala mundial, resultan migajas. Hay obreros sin máquinas usando herramientas primitivas, y máquinas sin obreros con experiencias técnicas. En las aglomeraciones urbanas sobran los hombres sin tierras, y en los sitios vírgenes sobran las tierras sin hombres. La etapa monopolística ha sido la última en Occidente y la primera en nuestra América, según Haya de la Torre. Tierras donde convive el señorito que juega al golf en su club restringido, y los indios que usan flechas en Amazonia. Todo este continente liquidando sus paradojas, poseído del frenesí de progreso despierta a la realidad unificadora.»

Como vemos, siempre se concluye en la misma dirección convergente: el proceso unificador. La integración. Ese es el blanco de todos los esfuerzos. El economista Gómez Gordona formula la interrogación: «¿Por qué no habremos de complementarnos, de planear al porvenir nuestras actividades económicas y culturales, creando un mundo nuestro que no niegue nada a nadie que lo necesite de buena fe, pero que sepa defenderse con gallardía de quienes atentan contra los principios de nuestra propia civilización?» A continuación precisa el papel de España: «En esta tarea que se nos antoja gigantesca estamos empeñados formando parte de nuestro cuerpo iberoamericano gracias al aporte secular de España, que es Europa y es América, y que, asociada al Mercado Común Europeo o fuera de él, ha de ser el puente firme de la cooperación de los mercados comunes europeo y latinoamericano.»

¿En qué forma —lanzo yo la pregunta— nuestro país podrá contribuir eficazmente al papel que le corresponde y que de él esperan en América? En primer lugar, siendo fiel a sí mismo y fortaleciendo su ser nacional. Cuanto más se potencie España, más eficaz será su proyección en Hispanoamérica. Es una realidad palpable, cuando se recorren aquellos países, el respeto con que las gentes sin distinción de ideologías ni de clases miran hoy a nuestra patria por la transformación operada en los últimos treinta años. Nuestros avances industriales, tecnológicos, educacionales y sociales son para ellos motivo de satisfacción y a la vez ejemplo y acicate. Les testimonia que los países de nuestra estirpe, cuando en un clima de paz y abandonadas las divisiones intestinas, se aplican con perseverancia al trabajo de cada día, son capaces de alcanzar análogas cotas y similares niveles de bienestar que hasta ahora consideraban exclusivos de otros conjuntos como los anglosajones. El Presidente de la República de Colombia, al hablar de este tema, no ha aludido a la España gloriosa del Siglo de Oro. Ha dicho: «La España de 1976, esta España que es un ejemplo de cómo salir del subdesarrollo, nos muestra el sendero.»

En segundo lugar, mediante una armónica política de cooperación material en la triple dirección de fomento de los intercambios comerciales, de flujos de capitales merced a la creación de empresas mixtas y la intensificación de la asistencia técnica. El tema es de por sí complicado, pero el camino ha comenzado a andarse. España ha contribuido con una cuota a los fondos del Banco Interamericano de Desarrollo. Ha otorgado créditos, ha desarrollado convenios comerciales y las iniciativas privadas son cada vez más frecuentes. Creo que no hemos reflexionado suficientemente en el hecho de que gran parte

de nuestros problemas económicos exteriores encontrarán vías de solución dirigiendo nuestra acción hacia América.

El tercer aspecto se refiere al área cultural, y el orden de su enumeración no significa infravalorarlo, sino todo lo contrario. Cuando en Europa se habla trabajosamente de los sucesivos pasos para la formación de un ancho Mercado Común, superado el económico, podemos afirmar que existe de modo natural entre Iberoamérica y España un auténtico Mercado Común Cultural. Lo integran trescientos millones de seres. Se asienta sobre bases tan sólidas como el idioma y lo flanquean hábitos, creencias y valores de educación permanente. Proporciona además el cimiento firme para edificar sobre él las restantes soluciones integradoras en los campos de la política, de la economía o de la técnica.

El hecho existe, pero no tenemos la suficiente conciencia del mismo ni hemos sacado las consecuencias que de él se derivan. Así se da el caso de que los hispanos, protagonistas de este gran mercado común cultural, seamos colonizados por otros bloques, incluso en nuestro propio terreno; lo cual parecería una burla si no fuera una triste realidad. Necesitamos medios de comunicación, información y recursos para apoyar nuestras realizaciones. Un novelista español, al regresar de un Congreso sobre la nueva narrativa hispanoamericana celebrado en Cali, Colombia, declaró a la prensa española: «En Hispanoamérica se nos desconoce totalmente. Las librerías están llenas de libros españoles, pero son traducciones. El autor español del 98 para acá no figura en los anaqueles.» A continuación nos da su explicación personal. «El principal responsable es, sin duda alguna, el mismo escritor español, que no siente interés por el medio hispanoamericano.» El modo absoluto de esta afirmación debiera limarse en aras de una exigencia mayor de exactitud, pero el contenido es cierto.

Si existe un tal desconocimiento dentro de nuestro propio mundo, no puede extrañarnos que a escala universal no se nos conozca y se nos coloque en el lugar que no nos corresponde. Nuestras expresiones literarias, artísticas, culturales o técnicas están infravaloradas. Quiero fijarme sólo en un ejemplo. Hace diez años las obras traducidas del inglés al idioma español en España y los países iberoamericanos fueron mil trescientas once. Las obras originariamente escritas en español y traducidas al inglés en los Estados Unidos (principal mercado editorial) fueron cincuenta y nueve. (La proporción se ha corregido ligeramente con el *boom* novelístico hispanoamericano, pero sin variar en lo sustancial la abrumadora desproporción.) Tal falta de objetividad en nuestra presentación ante el mercado mundial tiene una explica-

ción: la carencia de medios adicionales y la falta de coordinación a nivel nacional y regional.

El ejemplo de las traducciones podría extenderse a otras manifestaciones, como son la insuficiente dotación de recursos de los Institutos de Cultura Hispánica de América, destinados a ser focos de irradiación hispánica; la imposibilidad de intensificar los programas de becas para contribuir a fortalecer la infraestructura de la formación personal de nuestros técnicos, etc. No soy pesimista, sin embargo. Sé que mucho se ha hecho. Poseemos lo fundamental. A diferencia de otros órdenes de cosas, el mundo hispánico es en lo cultural una potencia de primer orden. Pero para proyectarse debidamente faltan las apoyaturas necesarias. Y éstas, como antes señalaba, consisten por un lado en establecer un sistema de coordinación eficaz entre los organismos competentes de nuestros países, y por otro, en tomar conciencia en cada uno de ellos de la trascendencia del problema. Hace falta disponer de los presupuestos económicos suficientes para competir dignamente en el ámbito internacional. Sin medios materiales no es posible realizar nada serio. Tal inversión resultará además rentable a no largo plazo, incluso desde el punto de vista económico. Las sumas que en acción cultural hacia América gastan otros países europeos no admiten comparación ni siquiera relativa con las nuestras. Prefiero no enumerarlas para no ensombrecer el ánimo.

En esta tarea está empeñado con ilusión el Instituto de Cultura Hispánica. A él le corresponde trabajar por estos objetivos y despertar la conciencia de nuestros compatriotas. El momento actual es decisivo, por la favorable disposición iberoamericana y por la nueva etapa que nuestro país inicia bajo la égida de la Monarquía. Los viajes recientes de los Reyes abren el camino.

Julián Marías dice que «a España le corresponde una función de convocatoria y convergencia para las actividades hispánicas. No por otra razón, sino por ser el origen común. Las actividades de esta comunidad histórica podrían encontrar en el Rey un punto de convergencia y encuentro, de inspiración y fomento, de estímulo. En torno a él podrían agruparse, sin distinción de país, menos aún de ideología política, las figuras interesadas en promover la vitalidad de ese mundo de lengua y cultura hispánica».

Por su parte, el Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, ante los Reyes, proclamó el destino manifiesto, desprovisto de retórica, de España e Iberoamérica: «Hagamos ahora —dice— una asociación que, si fundada en la sangre, en el idioma y en el espíritu, se afirma en la búsqueda y en la creación de fórmulas de mutua participación que

haga realidad las inconmensurables posibilidades del conjunto. Vamos a la forja del gran destino que España quiso para sí misma al encontrarse con América.»

Ojalá que en España seamos fieles a esta llamada de la voz de la Historia. Dios quiera que sepamos escuchar los anhelos expuestos por los pueblos hermanos de América y que en esta hora crucial conozcamos y sirvamos sin desmayo nuestros propios intereses.

El título de mi conferencia acaba en «quizá mañana»; hacia ese mañana nos tenemos que proyectar con los valores del pasado y del presente, a los que quiero añadir la frialdad de unas cifras, ya que tenemos que proyectarnos con ese pragmatismo del que tanto hemos carecido hasta ahora.

Iberoamérica necesita juntar sus posibilidades potenciales, que son inmensas. Necesita hacerlo porque el futuro será seguramente dominado por las grandes entidades económicas. Vemos cómo la tendencia mundial es la de crear comunidades de intereses, países del Tercer Mundo, OPEC, OUA, etc., y anteriormente Mercado Común Europeo, Comecón...

Veamos ahora cuáles son las posibilidades futuras de la economía en estos países de seguir la situación actual, y cuál puede ser la aportación de España.

No es necesario subrayar las dificultades que entraña hacer predicciones sobre el futuro de la situación económica de Iberoamérica en momentos como el actual, en los que la crisis y el cambio afectan a todas las economías mundiales.

Habría que salvar, en primer lugar, las diferencias en el desarrollo económico actual y el previsto para el futuro, entre los distintos países de la región iberoamericana, dada la diversidad de tamaños de mercados, dotación de recursos, etc.

En este sentido hay que destacar la diferente manera en que la crisis ha afectado a los países exportadores de petróleo, como Venezuela, Ecuador y, en menor medida, Bolivia.

Para la consideración de este futuro hay que tener en cuenta, por un lado, que la incidencia que la evolución de las economías del mundo industrializado, principalmente Estados Unidos, Japón y los países de Europa occidental, tienen en el desarrollo económico, así como en el social y político de los países del área iberoamericana, es decisiva; y por otro lado, las características propias de la estructura económica de estos países.

La crisis económica en la que todavía se encuentran la mayoría de los países industrializados se inicia a fines del 73, se acentúa en el 74

y continúa agravándose hasta mediados del 75, año en el que el producto bruto total de los países de la OCDE descendió un 2 por 100. Esta situación influye directamente en Iberoamérica, fundamentalmente por el impacto que produce en el intercambio comercial de la región.

Por otra parte, se observa una notable recuperación de la posición comercial de los países desarrollados, originada principalmente en el intercambio con los países exportadores de petróleo. Esta recuperación se logra de manera importante a expensas de los países en desarrollo. En el año 1976 se calcula un saldo negativo de 35.300 millones de dólares en la balanza comercial de estos países, previéndose para 1977 un saldo de igual signo de 36.000 millones. Esta evolución negativa afectará especialmente a Iberoamérica, que en 1975 vio el valor de sus exportaciones reducido en un 11 por 100. Un factor clave en este descenso es la importante baja que se viene observando en el precio de unas materias primas producidas por la región.

La baja actual prevista de las exportaciones y, por otro lado, la necesidad de mantener las importaciones, sobre todo de bienes de equipo, producen como consecuencia un constante déficit comercial que al no poderse contrarrestar con otros capítulos supone un creciente endeudamiento externo.

Un segundo aspecto clave en la interrelación entre los países industrializados e Iberoamérica, es el que se establece mediante la denominada inversión extranjera directa realizada por las empresas multinacionales, principalmente de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón.

Hay que señalar que, dada su penetración en los sectores más dinámicos de la región, estas empresas mantienen e incluso acrecientan su control sobre las economías iberoamericanas.

Es creciente la toma de conciencia en algunos países de la región iberoamericana sobre la necesidad de establecer acciones correctoras en la actuación de estas empresas, de manera que la misma se adecue a las necesidades de desarrollo de Iberoamérica.

Según estimaciones de la CEPAL, las economías iberoamericanas en conjunto crecieron en el 75 a una tasa de un 2,8 por 100, inferior al crecimiento de la población que registró un aumento del 2,8 por 100. Contrasta este crecimiento con el registrado como media durante el período 71-74, que ascendió al 6,7 por 100 anual, lo que supone incrementos del producto «per cápita» de 8 por 100 al año. En 1976 se ha observado una ligera tendencia hacia la recuperación.

En 1975, en medios de la CEPAL se presumía que, dada la evolu-

ción observada hasta el 74, la economía iberoamericana alcanzaría en 1985 una dimensión que sobrepasaría alrededor de siete veces y media la de 1950, y que doblaría la de 1975. En términos comparativos, la economía iberoamericana alcanzaría, aproximadamente, el tamaño en 1960 de la Comunidad Económica Europea. Como hemos visto, la reciente evolución económica de los países industrializados presentaría, de alguna manera, estas perspectivas como ligeramente optimistas.

Iberoamérica constituye uno de los principales proveedores de productos alimenticios (carne, cereales, azúcar, café, plátanos, cacao, etc.) y de algunas materias primas (mineral de hierro, cobre, cinc, manganeso, plomo, petróleo, etc.) para los países desarrollados, sin contar con las grandes extensiones de territorios todavía vírgenes y que, razonablemente, deben albergar más reservas de materias primas. El mar, con la extensión a 200 millas de los derechos ribereños, tiene otras posibilidades de exportación incalculables, entre ellas la pesca, cuyo producto es escasamente consumido en esos países, pero puede ser un factor de exportación importante.

Cabe aquí señalar la importancia de la constitución de frentes comunes por parte de los países iberoamericanos para la defensa de los precios de los productos de importación en el mercado internacional, como ya lo han hecho con algunos productos como el plátano y el azúcar.

En la actualidad la población de Iberoamérica asciende a 340 millones de habitantes, lo que supone aproximadamente el 8 por 100 de la población mundial. Esta población se asienta sobre una superficie de 20 millones de kilómetros cuadrados, que representa el 17,7 por 100 de la superficie mundial.

Se prevé que para 1985 la población de Iberoamérica rebasará ampliamente los 400 millones y para el año 2000 se acercará a los 625, sobre una población mundial que alcanzará entonces los 6.500 millones de habitantes.

En principio, el factor humano es una base de desarrollo potencial; pero este no se hará realidad hasta que no se emplee de una manera eficaz en la producción, por una parte, y no constituya un mercado suficiente, por otra. Esto último requiere básicamente una distribución más uniforme de la renta entre la población iberoamericana.

El endeudamiento exterior y las inversiones extranjeras no han bastado para que los países iberoamericanos no exportadores de petróleo mantengan su equilibrio externo, debido, en gran parte, a las salidas de recursos en concepto de intereses de la deuda y la remisión de uti-

lidades a los países industrializados de origen por parte de las multinacionales.

Dadas las altas tasas de interés que hay que satisfacer en los mercados internacionales y los cada vez más cortos períodos de vencimiento de los créditos, la carga que Iberoamérica soportará en este sentido ejercerá en el futuro grandes presiones sobre sus balanzas de pago. La salida de esta situación, dado que residen en una gran medida en esa fuerte dependencia externa, no es fácil.

En estas circunstancias las posibilidades de que España pueda jugar en un plazo breve un papel importante cara a la economía iberoamericana es evidente. Todo hace prever una presencia de España en la Comunidad Económica Europea en un plazo razonable, y la función de España como puente entre Europa y América en ningún caso estaría más justificada que en abogar ante las comunidades europeas para vencer las actuales resistencias a su oferta, encontrando unas posibilidades que le permita acceder a tan importante mercado. Tratar de evitar el resurgimiento de las tendencias proteccionistas en los países industrializados que agudizarían aún más el déficit comercial de la región.

En cuanto a la acción de Iberoamérica frente a los problemas descritos, debería de basarse en algunos puntos de acuerdo común, como son:

Constitución de frentes comunes para la defensa de los precios de los productos de exportación.

Búsqueda de fuentes energéticas distintas al petróleo —hidráulicas, nucleares, solares, etc.

Iberoamérica debe sumarse al resto de países en desarrollo para reclamar ante los países industrializados alguna acción de refinanciamiento de la deuda externa.

La influencia que ha adquirido la situación de las empresas multinacionales en el desarrollo económico de la región es decisiva. La región debe emprender una decidida acción en pos de la formación de un frente común para la negociación con esas empresas, o mejor con las naciones industrializadas de donde proceden, para que su actuación se adecue a las necesidades del desarrollo iberoamericano.

A nivel regional es importante la potenciación de los distintos esquemas de integración que en la actualidad atraviesan también un período de crisis.

Deben emprenderse también las necesarias transformaciones a nivel nacional. Es el caso del sector agrícola, descuidado,

ESPAÑA E IBEROAMÉRICA

en beneficio del impulso dado al sector industrial. Otros aspectos a este nivel son una homogénea distribución de la renta y la incorporación al sistema productivo de amplios sectores de la población hoy marginados por la propia dinámica del tipo de desarrollo elegido.

Las ventas españolas a los países iberoamericanos alcanzaron el punto culminante en el año 1966. Desde entonces han ido perdiendo importancia relativa dentro del conjunto de la exportación española. Así, entre el 70 y el 75 las exportaciones españolas a Iberoamérica han pasado de 270 a 585 millones de dólares, lo que supone un incremento relativo del 116 por 100. En el mismo período la exportación española total ha aumentado en el 222 por 100. Estas exportaciones suponían el 11,33 y el 7,36 por 100 del total de las exportaciones en 1970 y 1975, respectivamente.

Por lo que respecta a las importaciones, el total de las mismas procedente de Iberoamérica ha aumentado el 149 por 100 en el período 1970-1975, mientras que las importaciones totales españolas se han incrementado un 242 por 100. En valor las importaciones ascendieron a 415 y 1.034 millones de dólares en 1970 y 1975, respectivamente.

Un aspecto importante a considerar es la participación de España en el comercio de la OCDE con Iberoamérica. Esta participación ha pasado del 2,56 por 100 en el año 1971 al 1,78 por 100 en 1975 para las exportaciones, y del 3,38 por 100 al 3,92 en el mismo período para las importaciones.

La exportación de tecnología española a Iberoamérica supone más del 50 por 100 del total de exportaciones españolas en este capítulo.

Las inversiones españolas en Iberoamérica autorizadas por el Gobierno ascendieron hasta 1973 a cerca de 80 millones de dólares, lo que supuso aproximadamente el 30 por 100 del valor de las inversiones españolas en el extranjero.

Es indudable que las relaciones económicas de España-Iberoamérica pueden presentar en un futuro próximo un importante relanzamiento. Para que ello sea realidad se impone una decidida acción, tanto a nivel comercial como de aportación tecnológica y de capital.

Acuerdos a largo plazo para el aprovisionamiento de materias primas necesarias para el desarrollo español y búsqueda de nuevas fórmulas de exportaciones más adecuadas a los actuales procesos de industrialización; la formación de empresas mixtas y el conocimiento técnico español en los citados sectores sería una manera de asegurar ese aprovisionamiento; además de la necesidad de interesarnos más

en la producción y desarrollo industrial de Iberoamérica, ofreciendo quizá a cambio incluso un cointerés de los mismos en empresas españolas.

En el aspecto del conocimiento técnico, España puede proveer a Iberoamérica de una tecnología más de acuerdo con su proceso de desarrollo que los procedentes de los países industrializados, los cuales suponen una asistencia mayor y más prolongada que acentúa la ya notable dependencia exterior de Iberoamérica.

Habría que hacer programas de investigación técnica y científica conjuntos, tanto en Iberoamérica como en España. Sería necesario destacar la asistencia que España puede prestar en el sector pesquero. La riqueza potencial de este sector en Iberoamérica es importante, y España debe acudir con sus conocimientos para impulsar la formación de empresas conjuntas que exploten las mismas de una manera eficaz.

La aportación española podría versar sobre formación de personal especializado en tecnología, tanto en lo que se refiere a la propia industria pesquera como a la producción de buques para la flota, actividad en que España tiene probada su competencia.

En pocas palabras, repito que creo sería oportuno cointeresar, ya sea a americanos como a españoles, en el desarrollo mutuo de nuestros países, más que buscar negocios a corto plazo. Para todo esto contamos con algo más importante que cualquier bien material: tenemos un denominador común que es nuestra lengua y cultura, además de nuestras idiosincrasias tan parecidas, que hacen que el entendimiento entre nosotros sea más fácil y natural.

ALFONSO DE BORBÓN

BIBLIOGRAFIA

- Discurso de su Majestad el Rey de España ante el Excmo. Sr. Presidente de Colombia. Cartagena de Indias, 12 de octubre de 1976.
- Palabras de Su Majestad el Rey de España en el homenaje al libertador Simón Bolívar. Caracas, 15 de octubre de 1976.
- Palabras del Excmo. Sr. Presidente de Colombia ante Su Majestad el Rey de España. Cartagena de Indias, 12 de octubre de 1976.
- Discurso del Excmo. Sr. Presidente de Venezuela ante Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I. Caracas, 15 de octubre de 1976.
- RANGEL, CARLOS: *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Monte Avila, editores. Caracas, 1976.
- MADARIAGA, SALVADOR: *Presente y porvenir de Hispanoamérica*. Buenos Aires, 1959.

ESPAÑA E IBEROAMÉRICA

- EYZAGUIRRE, JAIME: *La ruta ideológica de la emancipación chilena*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile.
- FOGELQUIST, DONALD F.: *Españoles de América y Americanos de España*. Editorial Gredos. Madrid, 1967.
- El exilio español de 1939*. Obra dirigida por LUIS ABELLÁN. Editorial Taurus. Madrid, 1976.
- SEOANE CORRALES, MANUEL: Discurso pronunciado en Rotterdam el 14 de octubre de 1959 sobre «Integración económica hispanoamericana».
- GÓMEZ GORDONA, MANUEL: Discurso pronunciado en Madrid en el Seminario de América Latina y España. Enero 1969.
- MARIÁS CORRAL, JULIÁN: «El horizonte hispánico de España». *El País*, Madrid, 12 de octubre de 1976.

QUESTION 1

1. The following table shows the number of people who visited the National Gallery in London in each year from 1990 to 2000. The number of people is given in thousands.

Year	Number of people (in thousands)
1990	120
1991	130
1992	140
1993	150
1994	160
1995	170
1996	180
1997	190
1998	200
1999	210
2000	220